

DESCENDIENDO A LOS ABISMOS IGNORADOS

POR JUAN MARIA FELIU

«A Juan Miguel y José Mari, y a ti Emilio, que no estás ya en este mundo. Mi agradecimiento por vuestra profunda embarcada a la espeleología».

Creo que de siempre he sentido la llamada de los abismos subterráneos.

Con la invitación de mis viejos amigos del Grupo de Espeleología de la Institución Príncipe de Viana, hace algunos años a una de sus salidas, causó en mí tan profunda huella, que ya desde entonces, me he convertido en uno de los más asiduos a la práctica de esta atrayente y sugestiva faceta deportivo-científica del montañismo.

Siempre recordaré una exploración que fue para mí, la decisiva para mi envenenamiento.

Esta fue, ya no importa el nombre y la fecha, ahora sí, ya hace algunos años. Esta fue en nuestra siempre visitada y trillada sierra de Aralar.

Todo cuanto ocurrió lo recuerdo como si fuera ayer...

Me encontraba bajando a una profundidad respetable, recorriendo una zona por la que era familiar, pues no hacía muchos días había llegado con otros compañeros poco más abajo, en una sala donde se inicia un gigantesco tubo, formando un nuevo abismo. Sigo descendiendo y una vez en ella, ordeno el material abandonado en la anterior exploración junto a un torrente de heladas aguas que saltan a un negro vacío en el abismo inviolado.

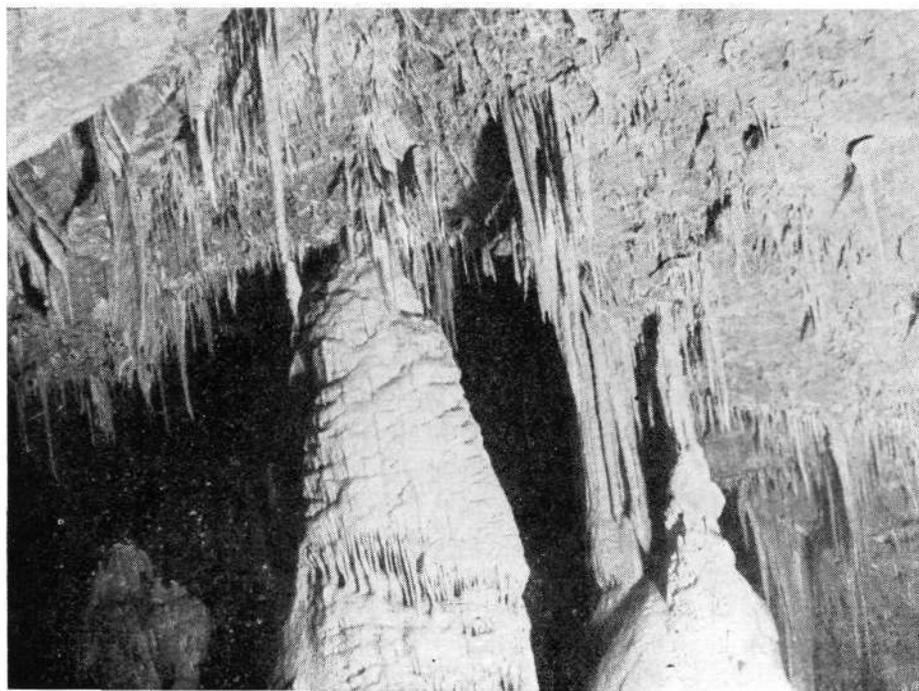
Llegan dos compañeros de superficie muy plétóricos de facultades y llenos de savia optimista. Preparamos un nuevo descenso y tras quedar instalado éste, un nuevo tren de escalas me espera perdiéndose sabe Dios donde en la eterna negrura. Inicio un nuevo descenso, esta vez hacia lo ignorado.

Lentamente voy separándome de mis compañeros que me aseguran con alegres exclamaciones hacia abajo.

Una maldita cornisa resbaladiza e inclinada, chorreante de agua, hacia el abismo me permite alcanzar el resalto donde la cascada se quiebra antes de precipitarse al abismo bajo mis pies. Ya hemos ganado los 80 metros desde superficie y aún nos faltan otros tantos para llegar al pie de la cascada. Sostenido por la cuerda de seguro me deslizo suavemente por las escalas, mientras arriba mis compañeros ponen todo su empeño en separarme del eje de la cascada, evitándome una ducha helada y brutal. A medida que desciendo, el haz de la cascada se esparce y puedo conocer una vez más las caricias árticas de esta agua subterránea.

A cinco metros sobre el cóncavo que recibe la caída del agua noto detenerse el movimiento de la cuerda y por falta de la medida necesaria la dejo colgando. Algunos salientes y la escala son los únicos seguros. Al fin salto al pie de la muralla, feliz de poder desapretar mis mandíbulas crispadas, que sostenían la linterna eléctrica, y de trocar su débil haz luminoso por la linterna de acetileno que no hay más remedio que apagar en estos ejercicios casi acuáticos.

Febrilmente me adelanto hacia el túnel descendente, que se traça ante mí el torrente, por entre un gran caos de rocas.



Un rincón de belleza indescriptible en una cueva de Urbasa. (Foto Isaac Santesteban)

Cuanto más avanzo más se ensancha la caverna, acentuándose por momentos la pendiente.

Mi marcha no es más que un descanso desordenado sobre pasos titanes y gradas colosales donde rebota el cada vez mayor torrente.

Comienzo a perder la noción de tiempo y la distancia y la profundidad; desciendo siempre dispuesto a continuar hasta que un obstáculo infranqueable ponga término a este impresionante reconocimiento subterráneo.

Por fin, a 150 metros bajo tierra me detengo sobre la camisura de un abismo vertical donde el torrente se precepita, despertando un clamor imponente, a profundidades inauditas. Mis papeles inflamados son egullidos y apagados por la tromba de agua; las rocas que empujo hacia el vacío desaparecen sin que ningún estrépito, ningún eco, venga a darme la noción aproximada de la profundidad de este nuevo abismo.

Quedo por algún tiempo ensimismado y confundido ante este abismo inviolado. Me olvido de mi misión y de los compañeros que ansiosamente me esperan allá arriba.

Solo, inclinado hacia esta boca del infierno, verdadera muela de la naturaleza, escucho y contemplo las fuerzas misteriosas del agua subterránea en acción. No pienso más que en este grandioso poema geológico, y en la áspera y peligrosa borrachera de descifrar su último canto en la noche de los abismos...

Una voz familiar me despierta de la contemplación. Un compañero preocupado por mi silencio ha descendido encontrándome con toda mi atención sobre el torrente. «Vaya, vaya —me dice—, o sea que éste era el motivo de tu tardanza». Como si hubiéramos estado de acuerdo saltamos en unísono: «Hay que ver lo que hay ahí».

Provisto de una bolsa conteniendo diversos útiles; empuñando la lámpara eléctrica y teniendo un silbato entre los dientes, pues los transmisores se habían quedado en las verticales superiores, me dejo deslizar de nuevo por las escalas, que en rápidas brazadas me descuelgan en el abismo.

Hay un resalte fuera de la plomada y enseguida me siento suspendido sobre el vacío. Gracias a la lámpara eléctrica veo desfilan una pared de rocas descompuestas, con la que mis pies chocan a cada balanceo. Estoy en contacto, también unos instantes, con la cascada. Es impresionante y no ceso de silbar para hacer más rápido el descenso.

Llegado a 45 metros de profundidad, distingo haciendo saliente en la negra muralla una pequeña roca horizontal, donde tendré el espacio justo para poner los pies. Logro alcanzarla y situarme sobre ella, y habiendo silbado una vez para hacer parar el descenso, me detengo sobre este balcón terrorífico.

Debajo de mí no distingo nada, a no ser la columna de la cascada, que se sumerge en las tinieblas a profundidades desconocidas.

Con un pie logro arrancar una gran piedra, que cae en las honduras con un silbido de proyectil y se destroza muy abajo, sin que sea posible discernir si ha tocado el fondo del pozo o ha chocado sencillamente contra un saliente.

Permanezco largo rato sobre el voladizo para familiarizarme con la situación y tomar una lección de vértigo. Observo detenidamente el penacho de la cascada y después su caída desde allá arriba, donde está iluminada por la lámpara de mi compañero, hasta las profundidades desconocidas, donde desaparece bajo mis pies.

Me lamento sinceramente no poder descender más abajo, pero es preciso subir, allá arriba, muy arriba, en el mundo bajo las estrellas mis compañeros piden la retirada por el momento de la exploración, pues la obscuridad, esta vez de la noche, adueña el mundo de superficie.

Silbo dos veces y con los músculos tensos espero el tirón de la cuerda del seguro, comienzo a subir rápidamente, oscilando sobre el vacío. La cascada me aturde con su estruendo y a ratos me balanceo bajo la cascada... ¡Quisiera estar lejos de aquí!

Con un desesperado esfuerzo, oriento mi balanceo hacia la pared. Tras este penoso regreso llego junto a mi compañero, efectuando seguidamente la retirada hacia la superficie. Poco a poco voy remontando hacia la boca encontrándome con los rostros sonrientes de mis compañeros que se hallan en distintos emplazamientos de esta inmensa cavidad.

Afuera hay una espléndida luna. Una vez todos reunidos en el exterior y reorganizado el material de descenso, marchamos descendiendo cara al valle, doblegados al peso de nuestras mochilas, siempre tan terriblemente cargadas del más variado material espeleológico, hacia el cercano pueblo.

Más tarde volvería de nuevo a seguir la exploración de esta gran cavidad, donde la impresionante y sugestiva faceta de la exploración del mundo subterráneo me volvería a regalar un nuevo e inabarcable recuerdo.